

ignorancia. Manifestó que podía considerarse impía toda guerra que no tuviese por origen la resistencia á los tiranos, es decir, á los reyes. Así se expresó el fogoso pacificador. Cuando hubo terminado, se le aplaudió, pero menos que la víspera, y aun durante su peroración hubieran podido notarse intervalos de silencio molesto.

Es que los ginebrinos, de espíritu frío y lúcido, comenzaban á desengañarse. Viéronse todavía algunas escenas furibundas ó grotescas. En la extraña mescolanza de los discursos se juntaron toda clase de nombres infamados ó glorificados: Torquemada, Galileo, Rousseau, Aragó, Edgardo Quinet, y también Jesucristo, quien, declábase, no había casi tenido su igual antes de Garibaldi. Al oír estas divagaciones los adeptos se entregaban á transportes de alegría: en cambio, en el resto de la concurrencia marcábase un comienzo de repulsión. La población suiza experimentaba una aprensión, á saber, el temor de los incidentes á que podrían dar origen tales excesos. ¿Qué añadiré? Desde el día 9 se manifestaron los primeros signos de disfavor. El día siguiente no se disimuló ya la desaprobación. El 11 los ginebrinos no tenían ya más que un deseo, el de desembarazarse de sus huéspedes, y Garibaldi se apresuró á abandonar Ginebra.

A pesar de esta súbita desaparición, ¿quién se hubiera atrevido á decir que todo aquel aparato escénico fuese cosa estéril ó despreciable? Garibaldi estaba acostumbrado á dar estos golpes de efecto, que parecían improvisados, pero que en realidad estaban muy preparados. En 1862, en víspera de Aspromonte, había lanzado ruidosamente en Catania su dilema: *¡Roma ó la muerte!* En 1867, en vísperas de otra tentativa, renovó bajo la misma forma un llamamiento parecido, y en Ginebra acababa de dar el grito de guerra que reuniría á todos sus partidarios.

## V

Claramente se vió en los sucesos que siguieron. «Al salir de Ginebra, Garibaldi volverá sin duda á Caprera.» Así se había expresado el Sr. Rattazzi. ¡Cuán vana fué la predicción! Mientras se le creía aún en Suiza, el audaz jefe de partidas había vuelto á Italia. Lejos de pensar en la retirada, descendía á través de la península y á cada una de sus paradas excitaba á la rebelión á sus amigos. El 18 de septiembre los diarios *La Reforma* y *La Italia* publicaron bajo su nombre dos manifiestos, el uno dirigido al pueblo de Roma y el otro á los patriotas italianos. Ya estaba en Florencia el gran revolucionario; pero Florencia no era para él más que un lugar de paso. El 22 de septiembre partió para Arezzo. Un poco más y llegaría al territorio pontificio.

En esta crisis desde luego inminente ¿qué haría el Sr. Rattazzi? Viósele primero guardar una actitud vacilante, como si hubiese esperado que los acontecimientos le inspirasen; pero, como el peligro se hacía más apremiante, decidióse por la energía. En fin, pareciendo ésta más peligrosa que la debilidad, aflojó todos los resortes de la autoridad que por un instante había apretado entre sus manos, y esta fué su tercera evolución.

Durante los primeros días de septiembre Rattazzi enviaba á las autoridades de la frontera instrucciones para que redoblasen la vigilancia; pero estas instruccio-

nes eran tan vagas, tan llenas de reservas, que muchos de los funcionarios las creían un simulacro y juzgaban más hábil no oponer resistencia (1). De Francia, mientras tanto, llegaban avisos que parecían mandatos. Es más, en Lyon organizábase una división que sin pérdida de tiempo se dirigiría al mar para embarcarse. Y Rattazzi, sin duda, no ignoraba estos preparativos: ¿era posible que hubiesen escapado á la vigilancia del señor Nigra?

Mientras tanto, se supo el regreso de Garibaldi á Italia. Obligado á tomar una resolución, aguijoneado por Francia, Rattazzi renunció á su política equívoca. Una nota publicada el 21 de septiembre en la *Gaceta oficial* fué la primera señal de la evolución. El ministerio proclamaba el respeto á los tratados, la soberanía de la ley que obligaba igualmente á todos los ciudadanos: «Si alguno, añadía, intentase faltar á la lealtad de las estipulaciones y violar la frontera, de ningún modo se lo permitiríamos.» A estas palabras siguió un acto ruidoso. Cuando Garibaldi iba á franquear los límites del Estado pontificio, fuéle enviado el prefecto de Perugia para disuadirle de su propósito. Habiendo resultado inútiles todas las instancias el *condottiere* fué en la noche del 23 al 24 de septiembre detenido en Asinalunga con algunos de sus compañeros. Trasladado á Arezzo, fué conducido luego á Alejandría y encerrado en la ciudadela. El 25 de septiembre una nueva nota de la *Gaceta oficial* recaló esta conducta. Cogiéronse depósitos de armas, y la fuerza pública hizo volver á sus hogares á algunos voluntarios. Esta era una segunda victoria de Aspromonte, pero esta vez sin efusión de sangre. En París regocijábanse como si hubiese desaparecido todo peligro. Sin embargo, de un extremo á otro de la península el acto de Asinalunga había provocado emoción inmensa. Aunque perdido el hábito de las revoluciones, Florencia, la dulce y amable Florencia, intentó una sublevación y quizás los tumultos hubiesen llegado á ser una insurrección, si una lluvia torrencial, más eficaz que la policía, no hubiese oportunamente barrido las calles. En los sitios públicos proferíanse gritos de muerte contra los ministros; al mismo tiempo, apareció un manifiesto de los diputados de la izquierda que protestaron contra la detención llevada á cabo, decían, con desprecio de la inviolabilidad parlamentaria. Bajo el peso de tantos reproches, Rattazzi sucumbió. Lo que era sólo la efervescencia de una minoría facciosa le impresionó más que el deseo universal de las gentes de bien. La primera señal de desviación fué el lenguaje de los periódicos democráticos *La Riforma* é *Il Diritto*, que pudieron libremente predicar la agresión contra Roma. Mientras tanto, circuló una noticia más grave: Garibaldi ya no estaba en Alejandría; habíasele soltado y conducido á Caprera. Con respecto á los depósitos de armas, á las oficinas de reclutamiento, á las idas y venidas de los voluntarios, la policía y el ejército, desde un momento, volviéronse de nuevo extraordinariamente torpes. Muy asustado por estos síntomas, sospechando que se incurriría en complacencias rayanas en la complicidad, nuestro encargado de Negocios, el Sr. de la Villetteux, interrogó de nuevo al Sr. Rattazzi. Este

(1) Véase Versezio, *Il regno di Vittorio Emanuele II*, tomo VIII, pág. 267.

alabó sus medidas de vigilancia: el ejército de observación había sido reforzado y habíanse efectuado numerosas detenciones. Confesó que algunos individuos aislados habían atravesado la frontera; pero aun manifestando algunos temores, protestó de su lealtad con mucho calor. En cuanto á Garibaldi, el presidente del consejo no se preocupaba, á pesar de que, apenas llegado á su isla, hubiese intentado evadirse. ¡Quién hubiese podido sospechar que en Caprera el temible jefe de partidas no estuviese en lugar seguro como en la fortaleza de Alejandría! Siete barcos de guerra, según se aseguraba, estaban encargados de guardarle.

## VI

En medio de todas estas amenazas el Estado pontificio había permanecido tranquilo. No se notaba ninguna señal de desafecto en los campos, ningún pánico en el gobierno, ni en la ciudad ningún conato de motín. Las costumbres de la vida social no habían cambiado. Como acontecía en esta época del año, las familias acomodadas habían salido para sus acostumbrados puntos de veraneo. El Corso conservaba su fisonomía ordinaria de los días de verano. A lo más oíanse algunos gritos sediciosos, pero aislados, y seguidos de detenciones llevadas á cabo silenciosamente. La principal inquietud era el cólera, que se perpetuaba en Roma con una continuidad traidora y se cebaba con violencia en ciertos pueblos. Lejos de desear un cambio de señor, la burguesía romana sentíase más bien inclinada á temerlo. Vivía de los extranjeros, recelaba, sobre todo, de la marcha de Pío IX, y no imaginaba que la corte de Víctor Manuel, aunque suntuosa y brillante, pudiese traerle la equivalencia de los beneficios perdidos.

Los consejeros del Padre Santo observaban con satisfacción esas tendencias, demostrándolo de una manera algo ingenua, como si esta fidelidad hubiese sido para ellos una sorpresa. Cualesquiera que fuesen estos felices síntomas, la condición del pequeño Principado seguía siendo precaria frente á los peligros ya inminentes.

El ejército pontificio, aun con sus recientes aumentos, no se elevaba más allá de 13.000 hombres. De esta cifra había que descontar los enfermos, que eran en bastante número. Muchos recién venidos, todavía mal adiestrados, eran completamente ineptos para la vida de campaña. En la enumeración de las fuerzas totales contábanse los guardias rurales ó *squadriglieri*, especie de milicia nuevamente creada y que no podía ser asimilada á las tropas regulares. Además las excitaciones revolucionarias no habían exceptuado á los soldados de Pío IX. Asaz impotentes en los otros regimientos, habían producido sus efectos en la legión de Antibes, que las deserciones habían reducido mucho. Hechas estas deducciones, el efectivo disponible no pasaba de ocho ó nueve mil hombres, de los cuales había que extraer el servicio de las guarniciones. De todos estos cuerpos, el más fuerte, el solo completamente bueno era el de los antiguos franco-belgas ó zuavos pontificios, llamados á dar pronto admirables pruebas de su valor. Ya entonces se preparaban á los trabajos de la guerra con otros trabajos no menos peligrosos aunque más ignorados. En el mes de agosto vióse á una de sus com-

pañías llegar á Albano, donde el cólera se había presentado súbitamente, haciendo en pocas horas cerca de cien víctimas. En medio de la consternación que todo lo paralizaba, levantaron los ánimos, enterraron los muertos, cuidaron á los enfermos, sanearon las viviendas y cumplieron con la santa alegría del sacrificio todos los deberes repugnantes ó penosos que sin ellos hubiesen dejado de cumplirse. En la pequeña ciudad subsiste todavía, á través de los años, el piadoso recuerdo de su heroísmo. Quisiéramos nombrar á todos estos bravos jóvenes, varios de los cuales sucumbieron. Su jefe era un belga, pero de nombre francés, llamado Résimont.

El peligro no nacía sólo del reducido número de defensores, sino que también de la constitución territorial del Estado romano. Privado de las Romañas, de las Marcas y de la Umbría, el patrimonio de Pío IX sólo se componía, exceptuando Roma y la cuenca inferior del Tíber, de cuatro pequeñas provincias: al Norte la de Viterbo, al Oeste la de Civitavecchia, al Sur las de Velletri y de Frosinone. Este territorio, restos de un principado mayor, estaba abierto por todos lados, sin una barrera natural, sin una poderosa obra de defensa organizada por los hombres, sin más que un límite ficticio y más allá de este límite un protector sospechoso, expoliador de ayer que podría ser el de mañana. Vecina en toda la extensión de la frontera, la monarquía italiana disponía de todos los pasos que conducían á Roma. Si observaba puntualmente ó sólo con corrección el tratado de 15 de septiembre, no era de temer ninguna alarma seria. Si permanecía neutra y pasiva en cierto modo, el peligro sería grande por la afluencia de partidas, pudiendo, sin embargo, dominárselo; pero, si la tolerancia degeneraba en complicidad, entonces la igualdad de las probabilidades quedaría decididamente rota y el equilibrio sólo se restablecería con el auxilio extranjero.

El 28 de septiembre penetró en el territorio pontificio la primera partida de garibaldinos. La invasión comenzó por la provincia de Viterbo. En la parte oriental de esta provincia algunos gendarmes fueron sorprendidos en las *Grutas de San Stefano*. Luego fué ocupada y reconquistada Acquapendente. A orillas del lago de Bolsena hubo varias escaramuzas. En los siguientes días la lucha aumentó. Habiéndose los garibaldinos apoderado de Bagnorea, la pequeña ciudad, atacada primero inútilmente por los soldados de Pío IX, fué reconquistada por ellos el 5 de octubre después de un rudo combate. Invadido por el Norte, el Estado romano lo fué poco más tarde por el Sur. El 11 de octubre los pontificios rechazaron un brusco ataque á Subiaco. Por aquellos mismos días Nicotera, con sus partidas, atravesaba la frontera napolitana. Estas correrías en diversas direcciones no dejaban adivinar un plan de conjunto. Pronto apareció á orillas del Tíber, á una docena de leguas al Nordeste de Roma, no Garibaldi, que estaba todavía en Caprera, sino su hijo Menotti. Púdose desde entonces prever que por este lado se dirigiría el principal esfuerzo del ejército revolucionario. El objetivo sería descender por el valle del río, sacar partido del desparrame del ejército papal, acercarse á Roma y quizás entrar en ella por sorpresa. Toda la vigilancia del general Kanzler, ministro de la Guerra, y de sus

subordinados, no era demasiada para hacer fracasar este proyecto. Aquí era donde se librarían los más encarnizados combates: el 12 de octubre, el de Monte-Libretti, lleno de episodios heroicos, y seis días más tarde el de Nerola.

Este comienzo de la campaña nada tenía de descorazonador. Casi en todas partes los defensores de Pío IX habían contenido á sus enemigos. Sin embargo, era grande el temor de que el ejército, agotado por sus marchas, debilitado por sus luchas, sucumbiese á la fatiga; que las partidas, incesantemente engrosadas por los reclutas llegados del reino, acabasen por arrastrarlo todo gracias á su número. Por eso, desde el principio de la invasión, todas las miradas se dirigían hacia Francia.

Por una tolerancia asaz extraña en parecido momento, el embajador en propiedad, Sr. de Sartiges, así como su colega de Florencia, el Sr. de Malaret, estaban entonces con licencia. He oído atribuir esta ausencia á motivos personales: el Sr. de Sartiges deseaba ardentemente un sitio en el Senado, y gustoso se quitaba del medio en un instante crítico en que las probabilidades de desagradar serían mayores que las de granjearse méritos. Dícese también que al emperador no le sabía mal tener solamente en Roma un agente secundario, personaje de modesta importancia y más fácil de desautorizar. Este alejamiento fué quizás un bien para la causa pontificia. El primer secretario de la embajada, el señor Armand, transformado en jefe de misión, era de espíritu firme y sincero, observador perspicaz, doblemente independiente por probidad de carácter y por opulencia de fortuna. Sus despachos, insertados los unos en el *Libro Amarillo*, demasiado íntimos los otros para esta publicidad oficial, atestiguan su clarevidente actividad. Desde la primera entrada de las partidas señaló las incursiones, insistió sobre la multiplicidad de los ataques; expresó el temor de que las tropas pontificias, poco numerosas y dispersadas por todos lados, llegasen á ser insuficientes. Así preparaba á su gobierno para una petición de socorros que desde Roma se dirigiría indudablemente á París. Una parte de la prensa europea calificaba de insurrección los desórdenes del Estado pontificio. El Sr. Armand dedicóse á refutar esta interpretación: «El movimiento actual, escribía, no es espontáneo sino de importación extranjera; es el resultado, no de un levantamiento interior, sino de una invasión. La prueba, añadía, está en que los prisioneros garibaldinos son casi todos originarios del reino; una décima parte apenas se compone de emigrados romanos.» Habiendo visto claramente la complicidad italiana, no titubeó en denunciarla. Uno de sus principales agentes de información era un gentilhomme borgoñón, el señor de Résie, director de los ferrocarriles romanos, enterado por sus funciones de todo cuanto sucedía en la frontera. Por él recogía informes preciosos, que se apresuraba á transmitir á París. Un día comunicaba que los alistamientos se hacían con entera libertad, especialmente en Orvieto; que los funcionarios, lejos de impedirlos, los favorecían; que los voluntarios marchaban por partidas, mal ocultando sus fusiles debajo de sus ropas. Cuando la policía, de ordinario ciega, se decidía á abrir los ojos, su vigilancia era tan escasa que hubiese sido preferible la inacción. En las estaciones fronterizas bastaba á los garibaldinos bajar por la parte opuesta. Los

gendarmes visitaban los vagones, fijando los ojos modestamente en los banquillos para no ver nada más allá; á la señal de marcha subían aquéllos de nuevo á los vagones, y así franqueaban la zona prohibida. En varios puntos la complicidad de los maquinistas ó fogoneros simplificaba todavía más el paso: paraban el tren en el sitio más propicio; así fué como se introdujeron en la provincia de Frosinone 220 garibaldinos llegados de Nápoles. Nuestro encargado de Negocios no se cansaba de denunciar esas escandalosas complacencias (1). Además dejaba entrever que el triunfo de la invasión podría ser tan fatal al rey Víctor Manuel como á la misma Roma: á los gritos de «¡viva la República!, ¡abajo los soberanos!» los garibaldinos habían entrado en Bagnorea. Incansable informador cerca de su gobierno, el Sr. Armand se consagraba á reconfortar á la Curia romana prometiéndole el auxilio de Francia. Cuando no podía ver al papa ó al cardenal Antonelli, dirigíase al subsecretario de Estado, monseñor Berardi, que habitaba en el palacio del Quirinal, no lejos de la embajada de Francia; y por intermediación de este prelado, de espíritu muy activo y advertido, hacía llegar las noticias, los pareceres y las excitaciones.

Estos testimonios eran acogidos con gratitud, aunque no sin segunda intención. ¿Era nuestro encargado de Negocios el verdadero órgano de la política imperial? Dudábase de ello en el Vaticano, y no menos en el cuerpo diplomático. Entre los embajadores extranjeros, varios, fundándose en los informes que les llegaban de París, no se cansaban de repetir en alta voz que el señor Armand sería desautorizado. Este mismo, como lo ha confesado más tarde, sentía cierta inquietud. Por más que multiplicaba los despachos, no recibía instrucción ninguna. Impresionado por este silencio, guardaba difícilmente en su alma la entera confianza que se esforzaba en aparentar. Por encima del representante de Francia, agente fiel, pero revocable á voluntad, los consejeros de Pío IX se esforzaban por conocer el verdadero pensamiento del soberano. Napoleón iba á ser aún, pero por última vez, el árbitro de los destinos de Italia, y lo que quedaría del poder temporal dependería de su debilidad ó de su firmeza.

## VII

A principios de septiembre de 1867 Napoleón había-se trasladado á Biarritz, fatigado de los negocios, fatigado también de las fiestas, ávido, más que de nada, de reposo. Allí donde esperaba la paz para su espíritu, el bienestar para su salud, encontró de nuevo las preocupaciones. En la calma de la hermosa quinta imperial la cuestión italiana, más apremiante cada día, vino otra vez á imponerse á su ánimo abatido.

Entre todas las importunidades, ninguna podía serle más pesada. Al declinar su reinado, repasaba con desilusionadora melancolía la larga historia de sus condescendencias para con Italia. ¿Qué no había hecho por ella? En 1859 le había ofrecido el magnífico presente de la Lombardía. Luego, con menosprecio del tratado de Zurich, había dejado extenderse por Toscana, Parma, Módena y las Romanas. Al producirse el escándalo

(1) Notas y papeles inéditos del Sr. conde Armand.

de Castelfidardo, se limitó á una protesta vana y se doblegó al hecho consumado. Las desgracias del rey de Nápoles le arrancaron solamente tibias y ligeras lágrimas, y habiendo enviado su escuadra para asistir con simpatía á los últimos días de Gaeta, creyó que había cumplido con el joven príncipe, así como con el antiguo derecho. En 1866 la liberación del Véneto había inspirado toda su conducta. ¿Qué pedía en cambio? Muy poca cosa: que Pío IX, cargado de años, pudiese terminar tranquilamente su reinado; que el mismo emperador se librase, por parte de sus súbditos católicos, del reproche de doblez; que el tratado del 15 de septiembre tuviese una duración decente y no caducase más que por efecto de las circunstancias ó del tiempo. No pretendía encadenar el porvenir, ni se obstinaba contra el destino. Si su exigente protegida se resistía á la gratitud, formulaba al menos el deseo modesto de que ella no fuera un auxiliar para sus enemigos. Así es que su antigua benevolencia tenía visos de tristeza y á veces hasta de amargura. Allende los montes este cambio no había pasado desapercibido. Sin embargo, los italianos recordaban las persistentes debilidades de Napoleón. ¿Podía creerse en el despertar de una energía que sólo se había desplegado hasta aquí para decaer en seguida? Además, ¿cuántas veces el emperador en presencia de sus familiares no había hablado con pesar, casi con remordimiento, de la primera expedición á Roma? ¿Era inverosímil creer que en el último momento retrocedería ante una segunda intervención? Llenos de estos pensamientos, harto penetrados de sus ambiciones para preocuparse de ser importunos, Víctor Manuel y sus consejeros no desesperaban arrancar al monarca una nueva capitulación.

Su lenguaje fué insidioso. No negaban la Convención del 15 de septiembre, pero se aplicaban á restringirla y, sobre todo, á hacerla confusa. Obligados á impedir todo ataque exterior contra el territorio de la Santa Sede, habrían, según decían, cumplido con su deber, hasta el punto de arriesgar su popularidad. Pero la corriente nacional era muy fuerte, tan fuerte, que pronto quizás todos los diques establecidos para su vigilancia serían arrastrados. Luego, por medio de una diversión hábil, se dedicaban á concentrar en Roma las miradas dirigidas á las fronteras. Apoyándose en la Convención del 15 de septiembre, proclamaban que entre el gobierno pontificio y el pueblo romano estaba prohibida toda ingerencia extranjera. «Por esto, añadían, si por un hecho cualquiera en el que no tuviésemos participación, el estado actual de las provincias pontificias llegaba á cambiar, los derechos del pueblo romano no podrían ser olvidados (1).» Habiendo así estipulado en provecho de los súbditos del papa el derecho á la sedición, predicaban con alegre pesimismo como próxima, como inminente la insurrección: «Parece seguro, telegrafaba el 30 de septiembre de 1867 el Sr. de Campello, ministro de Negocios extranjeros, al Sr. Nigra, que dentro de pocos días estallará en Roma una revolución (2).» A ser esto verdad, ninguna potencia, aunque

(1) Despacho del Sr. de Campello al Sr. Nigra, de 29 de septiembre de 1867 (*Documenti presentati alle Camere italiane il 20 dicembre 1867*).

(2) *Documenti presentati alle Camere italiane* (véase *Parlamento italiano*, 1867-68, pág. 1916).

fuese el gobierno imperial, tendría derecho á intervenir: así lo establecía la Convención del 15 de septiembre, de pronto vuelta contra Napoleón y contra el mismo Padre Santo. Sin embargo, se había previsto la hipótesis de que el movimiento no se detendría precisamente en el grado que era conveniente á las ambiciones italianas. Llegados á este punto, los consejeros de Víctor Manuel realizaron una nueva evolución y de golpe se mostraron muy sombríos. Podía llegar á turbarse el orden público y á ser amenazadas las instituciones monárquicas. El triunfo de la República se opondría á los deseos del rey y sin duda también á los del emperador. Contra ese peligro muy real, ¿qué remedio habría? Aquí aparecía un proyecto insinuado con toda clase de precauciones, el de la entrada de las tropas italianas en las provincias pontificias, con encargo de mantener en ellas la seguridad general, previniendo todo exceso y, en una palabra, protegiéndolo todo, pero nada con más eficacia que la independencia del Padre Santo. Esta tesis, voluntariamente entremezclada de sofismas, fué la que el Sr. Nigra tuvo el encargo de exponer en Biarritz. Su misión tenía un doble objeto: prevenir la ocupación francesa y preparar el camino á una ocupación italiana. Debería solicitar del emperador una doble tolerancia, para empujar á la revolución y para contenerla confiscándola.

Es raro que una misma maniobra dé dos veces resultado. Cuando Castelfidardo, habían los piemonteses inaugurado ya un sistema parecido, é invocando también ellos el orden público, habíanse transformado en gendarmes para mejor imponerse como conquistadores. El éxito de esta atrevida impostura fué explicado por dos cosas igualmente extraordinarias, las cándidas ilusiones del emperador y la habilidad inaudita de Cavour. Desde 1860 Napoleón había perdido sus ilusiones é Italia su gran ministro. Cuando Nigra, en los primeros días de octubre, llegó á Biarritz, encontró al soberano vagamente afable, pero hastiado ya de su insaciable cliente. Con tono algo irónico, el monarca negó los informes que aportó el diplomático: Roma, dijo, no estaba aún en peligro de una sedición, así se complacía en creerlo, y todo riesgo, por lo menos próximo, parecía quimérico; y si había de estallar una revolución republicana, entonces habría tiempo para resolver. El emperador nada dijo acerca de una nueva ocupación francesa, reservándose su libertad de acción. Además añadió, volviendo ligeramente á su condescendencia, que no se tomaría en París ninguna decisión sin que se pusiese en conocimiento del gabinete de Florencia. Nigra no pudo obtener nada más y tuvo que regresar á París (3).

En los siguientes días llegaron de Florencia toda clase de informes, transmitidos por nuestro encargado de Negocios, el Sr. de Villestreux, y que concordaban con las noticias enviadas desde Roma por el Sr. Armand. La complicidad italiana se disimulaba cada vez menos: numerosas partidas de garibaldinos se encaminaban á la frontera: en la misma Florencia funcionaba públicamente un comité de socorros para los voluntarios; en cuanto al Sr. Rattazzi, unas veces hacía protestas de su

(3) Telegrama del caballero Nigra al conde de Campello, 4 de octubre de 1867 (*Documenti presentati dal presidente del consiglio*, 1867).

buena voluntad, que era atropellada, otras veces insinuaba, como lo había hecho el Sr. Nigra, que la verdadera solución sería la entrada de las tropas reales en el Estado romano. Todas estas correspondencias, resumidas por el Sr. de Moustier, iban á parar á Biarritz. Bajo la impresión de estas noticias, Napoleón se alejó más aún de su antigua aliada, y aunque con extrema repugnancia, comenzó á acariciar la idea, poco grata á sus ojos, de una segunda expedición á Roma. La primera señal de esta disposición más decidida fué un telegrama que por orden suya expidió el Sr. de Moustier al Sr. de la Villette en 11 de octubre: «El emperador, decía el despacho, se preocupa vivísimamente de la ineficacia de los esfuerzos del gobierno italiano para impedir que las partidas garibaldinas penetren en el territorio pontificio (1).» Al mismo tiempo las tropas acantonadas en Lyon se dirigían hacia el mar y se reunían en Tolón. El 12 de octubre, el Sr. de Moustier dejó entrever al Sr. de Nigra los propósitos eventuales del emperador: «En vista de que las tropas italianas, añadía, no bastan por sí solas á contener la invasión, Su Majestad cree llegado para Francia el momento de tomar medidas y con toda lealtad lo ponemos en conocimiento del gobierno del rey (2).»

Transcurridos tres días, el emperador regresaría á Saint-Cloud y entonces se tomaría una decisión definitiva. Así que el soberano hubo abandonado Biarritz, los amigos y los adversarios de Italia redoblaron sus esfuerzos para asegurar el triunfo de su política: constituían en la corte imperial dos grupos poderosos, empeñados en disputarse la influencia. De entre todos los patrocinadores del nuevo reino, el príncipe Napoleón era el más importante. Un defensor no menos celoso de la misma causa era el Sr. de la Valette, entonces ministro del Interior, personaje de espíritu muy delicado, pero superficial, de instrucción varia, pero no profunda, cortés, versado en la intriga y que se había captado la consideración de los soberanos. El Sr. Rouher, entonces en el apogeo de su favor, había abrazado el mismo partido: por tanto, parece que en tales coyunturas debía reprobador vigorosamente los proyectos de Garibaldi. Su objetivo hubiera sido ganar á los católicos en vista de las elecciones futuras. A este fin, Rouher hubiera aceptado sin mucha repugnancia una ocupación de los Estados romanos organizada bajo la responsabilidad á medias de Napoleón y de Víctor Manuel: esto por lo menos es lo que puede deducirse de los documentos de procedencia italiana (3) y de las cartas encontradas más tarde en las Tullerías. Por el contrario, la política de energía contaba dentro del gabinete dos campeones resolutísimos: el Sr. de Moustier y el mariscal Niel. Los italianísimos, así se les llamaba, manifestaban un grave temor: temían que si irritaban al gobierno de Florencia, se volviese á echar para siempre en los brazos de Prusia. Sus contradictores no negaban el argumento: «Pero, añadían, si después de todos los descalabros morales de los últimos años dejamos anu-

(1) *Documents diplomatiques*, 1867, pág. 82.

(2) Telegrama del caballero Nigra al conde de Campello, 12 de octubre (*Documenti presentati alle Camere italiane*, 1867).

(3) Telegramas del Sr. de Nigra al Sr. de Campello, 17 de octubre (*Documenti presentati*, 1867).

lar la Convención del 15 de septiembre, caeremos en un descrédito de que no volveremos jamás á levantarnos.» Lo más inquietante era que por ambas partes el razonamiento era justo; porque las faltas de la política imperial habían llevado las cosas al punto en que no cabía más que escoger entre lo malo y lo peor. Mientras tanto, en esta hora decisiva para sus ambiciones, los servidores, los agentes de Víctor Manuel no daban al olvido ninguna de las influencias que en otros tiempos habían asegurado su éxito. No omitíase medio alguno, ni siquiera la amenaza con el puñal revolucionario. «Se nos denuncian, escribía el Sr. de Saint-Vallier al Sr. de Villette, complots contra la vida del emperador; dícese que cinco garibaldinos disfrazados han salido de Nápoles y deben de haber llegado á Marsella.» En Florencia, Víctor Manuel, en una conversación con nuestro agregado militar, deploró con acento hábilmente fingido su crítica situación: «Si las tropas italianas no entran en los Estados pontificios al mismo tiempo que las tropas francesas, mi corona se verá amenazada (4).» En el temor de un conflicto con Francia, Italia, si hemos de dar crédito á Bismarck, intentó entablar algunas negociaciones en Berlín (5). Mientras se cumplían todos estos propósitos, mientras fructificaban todas estas intrigas, el Sr. de Nigra se consumía en incesantes diligencias, y parece que sus palabras no fueron completamente inútiles, pues el 14 de octubre, á primera hora de la tarde, telegrafió á Florencia: «No desespero de impedir una segunda expedición á Roma.»

En la noche del 15 de octubre el emperador regresó á Saint-Cloud. El siguiente día debía celebrarse el consejo de ministros en que sería discutida la intervención. Infatigable en sus diligencias, el Sr. Nigra quiso aprovechar las pocas horas que quedaban. De buen grado habría propuesto al gobierno francés una combinación que se resumía en dos puntos: entrada de las tropas italianas en el territorio pontificio, con la condición de repasar la frontera una vez la tranquilidad se hubiese restablecido; reunión de un congreso que arreglase la cuestión romana. Después de lo que telegrafió á Florencia, este plan había tenido algunas probabilidades de ser adoptado. El Sr. de Campello, ministro de Negocios extranjeros, no quiso autorizar la discusión de semejante proyecto: se negaba, una vez realizada la ocupación, á adquirir el compromiso de retroceder hasta las fronteras, y para dar esta negativa hacía patentes las ambiciones de su país (6). La noche del 15 al 16 y la mañana del 16 se emplearon en este cambio de despachos, mientras que en aquellos mismos momentos los ministros se dirigían á Saint-Cloud. Los partidarios de la intervención hicieron valer el voto de los católicos y, sobre todo, el derecho de los tratados; ya que el gabinete de Florencia se declaraba impotente para impedir la invasión de los Estados pontificios, correspondía á Francia sustituirse á ella y ejecutar por sí misma la convención del 15 de septiembre. A pesar de todos

(4) Véase M. Rothan, *Souvenirs diplomatiques (Revue des Deux Mondes*, t.º de mayo de 1886, págs. 134-135).

(5) Informe del Sr. Benedetti, 10 de noviembre de 1867 (*Mission en Prusse*, págs. 246-247).

(6) Telegramas del caballero Nigra al conde de Campello, 15 de octubre, y del conde de Campello al Sr. Nigra, 16 de octubre.

los desengaños antiguos ó recientes, el emperador mantenía con respecto á Italia un fondo de benevolencia que no permitía que ningún sentimiento de cólera fuese muy vivo ni, sobre todo, muy duradero. Además, en medio de nuestra política exterior, ya muy embrollada, ¡cuál no fué el disgusto de esta nueva complicación! En tal estado de ánimo, Napoleón quizá hubiese prolongado sus dilaciones. Pero el marqués de Moustier y el mariscal Niel se mantuvieron firmes, y, según se asegura, ofrecieron presentar su dimisión si su política no prevalecía. Finalmente, decidióse la intervención en principio, aunque no aún la orden de partida.

En Roma los días últimos no habían transcurrido sin inquietud. «Nada hay comprometido todavía, telegrafaba el Sr. Armand el 13 de octubre, pero todo puede estarlo mañana.» Los éxitos del reducido ejército pontificio habían alentado los ánimos; pero las tropas se extenuaban á causa de las marchas y disminuían á consecuencia de los combates. En medio de la crisis, el Padre Santo conservaba toda su sangre fría: «Yo defenderé, decía, mi poder temporal, aunque actualmente no sea en medio de Europa más que una *dilución homeopática*.» Antonelli aparentaba la misma calma. En cambio, entre las personas que les rodeaban, se propagó el rumor de la próxima partida del Padre Santo. Por aquel entonces, el 17 de octubre, llegó de París un telegrama concebido en estos términos: «Prosiga el gobierno pontificio defendiéndose enérgicamente, y no le faltará el auxilio de Francia (1).» La hora era demasiado avanzada para que la etiqueta permitiese el acceso á las habitaciones del Padre Santo; pero al día siguiente, á primera hora, nuestro encargado de Negocios se dirigió al Vaticano en coche de gala y con uniforme, á fin de dejar adivinar por el ceremonial que era portador de buenas, de excelentes noticias. Admitido á presencia de Pío IX, puso en sus manos el telegrama, el telegrama *libertador*, como lo llamó, y el Pontífice, enterado ya de las resoluciones francesas por un mensaje del Nuncio, manifestó con efusión conmovedora toda su gratitud. Después el diplomático volvió á atravesar la ciudad con el mismo aparato. El rumor de la próxima ayuda se había propalado por Roma, provocando cierta sorpresa, pues el silencio de los días precedentes había afirmado la persuasión de que el representante de Francia no estaba de acuerdo con la política de su soberano. Cuando el Sr. Armand penetró en la embajada, encontró los salones del palacio invadidos por los prelados, los diplomáticos y los miembros de la nobleza romana, que se apresuraron á complimentarle y se mostraron tanto más expresivos en sus felicitaciones cuanto que habían creído más bien en una negativa.

## VIII

¿Quién es capaz de contar las tergiversaciones del gobierno imperial? En el momento mismo en que el Sr. Armand recibía el telegrama que hemos citado, el Sr. de Moustier llamaba al muelle de Orsay al caballero Nigra. El ministro acababa de llegar de Saint-Cloud en donde se había celebrado un nuevo consejo en el que

(1) *Documents diplomatiques*, 1867, pág. 85.

se había decidido suspender el embarque. «Las órdenes, dijo el Sr. de Moustier, están implícitamente suspendidas: el gobierno imperial hace un llamamiento á los sentimientos de amistad y de solidaridad que unen á Italia y á Francia; redoblad vos vuestra energía para contener el movimiento de los voluntarios, empresa que no es superior á vuestras fuerzas. Sólo en el caso de que os vierais impotentes para llevarla á cabo, obraríamos nosotros, no sin pena, podéis creerlo, pero sí sin vacilación.» Así habló nuestro ministro de Negocios extranjeros, en tono firme todavía, pero ya algo más bondadoso: á la ejecución inmediata había sucedido la reprimenda (2).

Esta reprimenda, sin embargo, había de ser, en verdad, más severa que de ordinario. El Sr. Nigra, al comunicar aquellas noticias, añadía: «He logrado mi objeto, pero provisionalmente.» El Sr. de Moustier, personalmente partidario de la política de resistencia y poco confiado en nuevos aplazamientos, no tardó en concretar las garantías que reclamaba de Italia; en efecto, el día 19 de octubre telegrafaba al Sr. de la Villette: «Que el gobierno del rey dé prueba de su buena voluntad suprimiendo inmediatamente las oficinas de alistamiento, disolviendo los comités de socorro y publicando una proclama en que declare que todos los voluntarios serán detenidos, desarmados é internados. Ved al Sr. Rattazzi y contestad inmediatamente (3).»

Cuando este telegrama llegó á Florencia, ya el señor Rattazzi había entregado sus poderes al rey, pues sentíase impotente así para provocar á Francia como para contener á la revolución; de modo que cuando el señor de la Villette le transmitió las peticiones de su gobierno alegó que ya no era ministro y eludió todo compromiso; no obstante lo cual negó la existencia de las oficinas de alistamiento, añadió que era imposible disolver los comités de socorro y consideró superflua la proclama. Circulaba por la ciudad un rumor, todavía vago, el de la evasión de Garibaldi, que, según se decía, hallábase en Caprera; y á las preguntas que sobre esto le dirigió nuestro encargado de Negocios, respondió Rattazzi con evasivas, diciendo que Garibaldi estaba enfermo desde hacía tres días, que había quien le había visto y que se ignoraban sus proyectos. Víctor Manuel, en el entretanto, aceptó la dimisión del gabinete, hablándose entonces de que el monarca adoptaría medidas enérgicas y de que sin duda el nuevo ministerio sería un ministerio de resistencia; pero el propio rey se consagró á calmar los temores del emperador (4). Aun siendo tan equívocos como eran estos síntomas, Napoleón no creyó conveniente negar á Italia un nuevo plazo para cumplir el convenio de 15 de septiembre. En París, el 16 de octubre, todo el mundo quería la intervención, pero á la noche siguiente las voluntades parecían dispuestas á ceder. El 21 de octubre, una nota del *Monitor* anunció que el emperador, en vista de las seguridades llegadas de Italia, había dado orden de suspender el embarque; y algunos cuerpos de tropas que ya se hallaban en los buques regresaron á tierra. Tal fué la nueva evolución de la política imperial.

(2) Despacho del caballero Nigra al conde de Campello, 17 de octubre (*Documenti presentati*, 1867).

(3) *Documents diplomatiques*, pág. 88.

(4) Véase *Papiers saoués des Tuileries*, pág. 178.